

## *La cultura personal*

**PEDRO FRANCISCO GAGO GUERRERO\***

**E**n un momento histórico en el que con toda razón se lucha en nuestro país para que las humanidades tengan en el orden educativo el espacio que les corresponde, nos ocuparemos de un aspecto fundamental que debe desarrollar la educación: la cultura personal, que, cabe decir, constituye el objetivo más importante de la educación

La cultura personal es la cultura interiorizada, la que el hombre hace suya y que cada uno consigue por sí mismo. La educación debe ser el medio por el que se vaya pasando por las cosas, aprehendiéndolas y poseyéndolas, una vez interiorizadas. No todo se hace cultura personal auténtica, puesto que hay un conocimiento que

no interiorizamos, que no nos hemos apropiado, y que compartimos: es el conocimiento inauténtico. Este conocimiento puede ser muy necesario y servir para movernos en la vida. Siempre hay un conocimiento que la persona no quiere interiorizar, sin que ello le quite la categoría de necesario. Del mismo modo que las ideas de autenticidad e inautenticidad son útiles para clasificar la cultura personal, también resulta de gran valía diferenciar, como hacia García Morente, el saber auténtico y el saber inauténtico en lo que respecta a la tarea educativa de formar la cultura personal.

A partir de la cultura personal, cobra toda su importancia la necesidad de conocer la filosofía,

\* Ingeniero de Telecomunicación.

la historia y las demás disciplinas. De ahí la importancia de cómo se adquiere el conjunto de conocimientos que podrían ser interiorizados a través de la educación, siendo básico tratar de conocer lo que representa la educación para la cultura; por qué el hombre debe adquirir una cultura personal; para qué la necesita, y, sobre todo, qué sentido tiene la vida, así como el sentido de la vida para el sistema de educación y cultura implantado. Un juicio sobre una educación actual supone desentrañar las categorías establecidas por la educación obligatoria que deben ser interiorizadas por los educandos. Asimismo, es preciso hallar el espíritu de la cultura oficial, cómo se ha gestado, quién la dirige, para qué se crea, y, haciendo uso de la sociología, sus resultados, esto es, cómo es asimilada.

La educación constituye un medio principalísimo para hacer avanzar las potencialidades del hombre hasta constituirlo en una persona bien formada, por lo que la cuestión ha de plantearse principalmente en el ámbito estricto del hombre, sobre quien recae la necesidad de proyectar la educación y la cultura que habrá de individualizarse. En concreto, el hombre que se va haciendo, que se realiza como persona en la cultura y con la cultura, y que se educa para disponerse a ser para sí y los demás. Su ser social le obliga a convivir y a proyectarse hacia los otros, porque no puede ser sin ellos y sin la realidad que le circunda, que es donde encuentra su posición, donde se le identifica.

Cada uno vive para sí, aunque lo haga con los otros y para los otros. Porque no puedo hacerme cuando yo sólo me hago para mí ya que la actitud puramente egoísta frena la entrega al otro, incapacitándome para realizar y vivir mi propio yo en plenitud, pues la vida que sólo trata de sacar partido de sus semejantes es una vida que se desgasta en el puro interés. Por eso el amor y la amistad son las bases esenciales para la realización profunda del ser del hombre.

Por tanto, la cuestión clave es la disposición a ser, el intento de poseer una identidad. No es que la persona no tenga identidad, puesto que se identifica como ser distinto a los *demás* —en la “Antropología Metafísica”, Julián Marias, dice, con razón, que en la persona hay mismidad pero no identidad, “soy el mismo pero nunca el mismo”—, que tiene una personalidad en trance de evolución, de ser que cambia, pero la disposición a ser no permite mantener al hombre igual en todo momento con la identidad siempre igual. En este sentido, la educación debe crear la conciencia de una progresividad en el hacerse. Aprendizaje que no se detiene, porque el hombre no es del todo mientras no se haya hecho. Así pues, el aprendizaje va en paralelo con el hacerse, aunque según las circunstancias abarcará más o menos campo en la realización del ser.

Por eso es preciso situarse ante la cuestión de saber qué cultura se quiere dar a los aprendices, con el conocimiento necesario para que un sujeto pueda ponerse en marcha en la vida. La formación de la personalidad debe implicar que la educación va destinada a que la persona consiga el señorío sobre su propia vida, con la menor dependencia y el menor sometimiento en las relaciones de poder, de las cuales no podrá prescindir. La educación ha de tratar de crear el espacio mayor de dominio, para que la sociedad y las instituciones no puedan manipularle. El orden educativo habrá de ser el medio menos vulnerable y el que más se preserve del institucionalismo del poder y de las ideologías que pretenden suplir el conocimiento de la verdad por la creencia en la ilusión.

También la educación debe poner en marcha la capacidad del hombre para apropiarse del conocimiento y hacerlo suyo, a fin de que posea los recursos suficientes con los que moverse por los ámbitos de la vida. Conocimiento que debe estar orientado para que pueda llegarse a la verdad *motu proprio*, y asentado en el aprendizaje moral, tanto de la moral individual

—si no carecería de sentido la idea de perfección—, como de la moral social, indispensable para la convivencia comunitaria. Quedando excluido que el individuo pueda vivir para el Estado o ser siervo de alguien.

La experiencia de nuestro siglo ha probado que si el hombre se somete a una educación colectivizada e igualitaria se le impide la aprehensión radical de la vida de la persona, al obligar a actuar y compartir unos deseos que no nacen de la libertad personal.

La formación educativa ha de servir para descubrir la realidad en cada uno, poniéndole al abrigo de la tergiversación y falseamiento de la realidad.

La educación, además, habrá de establecer la más adecuada relación entre la realización del ser del hombre, que es a la vez un aprendizaje de la realidad circunstancial y un conocimiento de sí mismo, que se hace cuando se desarrolla. La realidad exterior es un referente para el hombre. Repercute en el hombre y le ayuda a hacerse sirviéndole para ser, en la medida que la capta y asimila. En su disposición a ser resulta imprescindible que se conozca y tome conciencia de lo que es. Y también dominándose a sí mismo, con la voluntad del que quiere formarse y ser más; más perfeccionado, más libre, más consciente de su papel en la vida, que encuentra su vocación y la desarrolla como base principal para realizarse. Este proceso para saberse de sí mismo le permite estar en un ensimismamiento permanente, consciente e inconsciente. La conciencia de su ser le capacita para saber cómo hace efecto en él la realidad. Y, a su vez, le faculta para moverse por ella. Hay, pues, una doble dualidad: se debe aprehender la realidad, pero a la vez debe saberse cómo afecta a cada hombre. Aquí es donde se halla el núcleo de la formación educativa orientada a la creación de la cultura personal.

Con la educación, el hombre puede organizar en parte la realidad. A través de ella dota a su inteligencia de los instrumentos más efectivos para conocer la realidad, estando al abrigo de las intenciones y mecanismos que pueden distorsionar la cosa externa a él. Sin excluir que las cosas pueden ser aprehendidas en su esencia, en contra de lo que sostenían Descartes y Kant. No obstante, la educación también podría establecer e imponer unas categorías que impedirían aprehender la realidad o acercarse a ella para conocerla. La experiencia prueba que la educación puede valerse de categorías e ideas muy poco adecuadas para percibir la verdad de las cosas.

La orientación educativa puede acercar al hombre a la realidad y crearle una apreciable cultura personal o, por el contrario, situarle en una línea de pensamiento que no le permita ver la realidad como es, sino como se quiere que la vea. La percepción falsa de la realidad penetra en el interior de la vida. Eso significa que también influye negativamente en el juicio del hombre sobre sí mismo, en cuanto realidad interior, que, a su vez, proyecta exteriormente, al menos en parte, la personalidad con inconsciente falsedad. Sería una especie de enajenación por desorientación. Tal inadecuación hombre-realidad no le impedirá vivir, pero a costa de un grado apreciable de inconsistencia que se traduce en una vida superficial, *ad extra*, y potencialmente lista para ser manipulada. Esta situación le lleva a recurrir a un amparo poco adecuado, y al mismo tiempo, ante la incapacidad de sostener una opinión propia o asentada en la verdad, a buscar protección en la opinión común. El hombre ignorante, dogmático y vacilante a la vez, que se apoya en la opinión común, se pone en manos de cualquier poder, que hará de él un subordinado y un siervo de sus intereses. El problema no estaría en que falte el trato del hombre con las cosas y que carezca de posibilidades, sino en que las cosas le son

atribuidas al igual que las posibilidades, sin constancia fundada en la realidad de las cosas.

Es evidente que se puede enseñar a ser ignorante y, además, crear la voluntad de mantenerse en ella. En la educación igualitaria predomina el ignorante homogéneo. Este hombre no afirma su realidad, sino que se la afirman a través de un aprendizaje institucional que no surge de la comunidad y no desea que el hombre vaya poco a poco siendo consciente de su situación, en el sentido de hacerse con su vida y con las cosas.

Así, al poseer sólo una reducidísima cultura personal auténtica, no tendrá dominio sobre su vida. Quedará a merced de la pura contingencia y, sobre todo, se hará de él un ser débil y, aunque su vida será siempre suya, llevará en su ser todo un mundo enajenado.

### *Algunos aspectos de la educación actual*

La educación es desde hace tiempo monopolio del Estado. Pero dado que el Estado es poder de dominación, ha tenido la posibilidad de crear súbditos obedientes y dependientes. Y a través de la cultura colectivizada ha podido imponerse en muchos casos a las culturas personales. El Estado ha conseguido que el sistema educativo se asiente en la igualdad mecánica. Esta igualdad se ha convertido en un fin al que se subordina todo lo demás. El igualitarismo busca hombres calcados unos de los otros, por lo que su avance en los decadentes Estados Sociales ha producido una cada vez más acusada homogeneización. Al igualitarismo le interesa que los resultados en los educandos sean copiados unos de otros, por ser la exigencia de trato del orden mecánico. Ejemplos: se juzga por el número de niños escolarizados, pero sin detenerse realmente en la calidad de lo que se enseña; se valora la educación preferentemente por la cuantía de las subvenciones a los centros

de enseñanza, trasladando el problema educativo al plano económico; hay una presión oculta sobre el profesor para que muestre que sus alumnos van progresando, lo que se “consigue” con un continuo declinar de los niveles de conocimiento. ¿Acaso podrían hoy los pensadores y maestros de hace treinta o cuarenta años mantener en la Universidad sus exigencias de conocimiento?

El sistema educativo actual —destrozada la enseñanza media de la que depende el nivel cultural de un país más que de la primaria y superior— es tan confuso que parece que lo sustantivo sea la cultura y no la persona. Quizá porque la educación contempla al hombre como un medio para la realización de fines que no son los suyos, sino los del sistema educativo, que a la vez son los fines del sistema ideológico imperante. Y ello porque se trata de imponer la cultura colectiva sobre la cultura personal, como si la cultura colectiva pudiera desarrollarse por sí misma. Mas, la cultura personal es la que desarrolla la cultura colectiva cuya riqueza depende de las aportaciones de aquélla.

Una forma de valorar el sistema educativo en relación a la construcción de la cultura personal, consiste en conocer las aspiraciones de las personas, así como los ideales realizables que le ofrece la sociedad, depurando las palabras y las vanas ilusiones que continuamente ofrecen quienes se hallan en el poder y lo ejercen mediante un cambio drástico que pueda llevarlos a dominar la sociedad.

En el ambiente educativo del momento presente no parece que exista una aspiración general a poseer una sólida cultura personal. Las corrientes sociológicas han creado la conciencia de que la cultura se adquiere simplemente viviendo en la cultura general, que penetra por distintas vías en el hombre. El individuo es un objeto pasivo que se llena de cultura sin esfuerzo —se ha generalizado la opinión de que todo es cultura, que cualquier cosa es un hecho

cultural— y le va conformando como un ser igual a los demás. Es otra consecuencia de la concepción homogeneizadora. El resultado es el empobrecimiento de la cultura general. En la mediocridad general se trata de evitar el esfuerzo a que obliga la adquisición del saber. La cultura que se obtiene por la voluntad, la tenacidad, la reflexión, única manera de adquirir gran parte del conocimiento, se considera un castigo: el castigo de la cultura para una sociedad que pretende divertirse también con ella. En cambio, se da una exigencia obligada de destruir lo sobresaliente. Porque cuando hay mucha apariencia de libertad y dominio de la sociedad sobre la persona, el igualitarismo no acepta el hombre brillante y reprueba lo excelso.

La crisis en el propio ser de la educación es tan profunda, que conseguir reformar determinados aspectos negativos en un plan educativo es ya un buen resultado. Los objetivos ajenos a la propia educación de la persona se han impuesto creándose una conciencia social incapaz de entender lo que es en realidad su deber ser. No se puede olvidar que la educación está muy poco protegida por el propio educando, que en verdad casi no es exigente.

Los continuos cambios en los planes educativos debido a sus reiterados fracasos, aparentemente crean expectativas. Sin embargo, son una especie de castigo que ponen en marcha los que creen en la revolución permanente. Parte de la comunidad docente los acepta resignadamente y los sufre como una especie de impuesto laboral. Para el alumnado se trata de un trámite administrativo más. Lo cierto es que los planes educativos se muestran incapaces de adaptarse a las exigencias de la evolución social, por lo que en vez de mejorar la educación agudizan la crisis educativa.

Por último, otro problema de gran alcance en el momento actual es el fracaso escolar. Su

existencia supone que los aprendices, además de no llegar a un rendimiento mínimo deseado, presentan unas graves deficiencias en la constitución de su cultura personal. Las posibilidades del hombre para hacerse a sí mismo decrecen, por lo que sus probabilidades de realización son mucho más reducidas. El fracaso relativo del sistema educativo ha generado un individuo más desamparado, con menos dominio de sí mismo, más dependiente del azar, que intenta compensar buscando la seguridad del Poder. Al incidir muy negativamente en la formación de la cultura personal, se reflexiona con menos seguridad sobre la vida para conocer las aptitudes y capacidades para moverse en las circunstancias. Es este un motivo trascendental, porque se puede perder el proyecto de vida personal al no encontrar su *vocación*, que es la que puede conducir a una vida lograda. Porque la vida se debe hacer como proyecto personal acorde con la vocación. En caso contrario, el hombre queda a merced de la pura contingencia o de los poderes dominantes en una sociedad, y, sobre todo, del poder del Estado, que intenta fomentar una conciencia acorde a sus intereses. No es exagerado afirmar que la vida de muchos hombres pertenece más al ambiente, pues carecen de un proyecto vital; si bien a gran parte de ellos se les cubre sus necesidades vitales, allanándoseles el camino de la supervivencia. Si “mi vida es la organización real de la realidad”, como dice Julián Marías en “Idea de la Metafísica”, el hombre debe disponerse a dominar la realidad con sabiduría, es decir, aprehenderla con objetividad, y, al mismo tiempo, sabiendo y sintiendo que vive para ser en la medida que proyecta su vida con sabiduría. En el momento histórico presente es difícil no dudar, e incluso se puede sostener que tal capacidad le ha sido sustraída.

Desde hace tiempo, la pedagogía oficial es únicamente un Kulturkampf ideológico ya muy degenerado, en el que importa sólo la apariencia y los menos avisados creen poder resolver el

problema de la educación mediante una mayor participación presupuestaria por parte del Estado.

Hoy, más que nunca, la educación debe ponerse al servicio de la cultura personal. Este objetivo dejará en un segundo plano cualesquiera otros proyectos ajenos a la mejor realización de la persona. Y cobrarán sentido las materias imprescindibles para el desarrollo de su personalidad, al tiempo que surgirá la necesidad de que su personalidad se acomode a la comunidad, que servirá como ayuda fundamental para su realización como ser social.